

## **Independencia y Revolución: ideales que impulsan pero no cuajan**

**Alfredo Acle Tomasini©**

A lo largo de doscientos años, ocho generaciones de mexicanos han puesto su empeño en construir un país independiente que, como estafeta, se ha venido transfiriendo de una a otra. Esto hace de la construcción de México una tarea interminable cuyos hitos no corresponden al cumplimiento de sus aniversarios, sino a los hechos que modificaron el curso de su historia de manera sensible. Así, la Independencia y la Revolución explican buena parte de los que hoy somos. Pero esto es menos de lo que se propusieron quienes encabezaron esos movimientos tan señeros como inconclusos.

Más aún, porque hemos asumido que los consumamos sin considerar que para que sobrevivan es necesario replantear sus ideales a la luz de circunstancias nacionales y externas que se modifican incesantemente a tal grado que, sin advertirlo, pueden incluso hacernos perder lo logrado.

Miles de vidas y once años, le tomó a México ganarse al derecho a ser una nación independiente. Pero éste es un derecho vivo que debe refrendarse a diario. Debemos concebir la independencia del país no como un status, sino como un proceso continuo que hace indispensable afrontar nuevos desafíos que surgen de nuestra propia evolución y de lo que sucede a nuestro alrededor.

¿Cómo entender la independencia en un mundo globalizado? ¿Cómo definir la justicia social en una estructura productiva y financiera harto distinta a la que prevalecía hace cien o doscientos años? ¿Cómo preservar la libertad del individuo ante la influencia de los medios masivos de comunicación? Si hoy, al término del primer decenio del siglo veintiuno, nos preguntáramos ¿Cómo definiríamos la consolidación de nuestra independencia, qué contestaríamos?

La vida del México independiente se ha desarrollado más a partir de impulsos sociales basados en ideales compartidos que en la búsqueda de un proyecto específico. Esto, además de retrasar su consolidación, ha propiciado etapas relativamente largas donde ante la falta de concreción los idearios han podido ser usados para cualquier cosa. Incluso en contra de las razones que les dieron origen.

El grito de independencia en 1810 no nos hizo independientes. Ni tampoco en esos momentos estaba claro el tipo de nación que queríamos construir. Tan evidente fue esto, que entre 1821 cuando por vez primera al frente del gobierno quedó un individuo nacido en territorio nacional y 1921 cuando inicia el primer gobierno post revolucionario que pudo culminar su gestión, el mando del país cambió de manos en más de setenta ocasiones.

En ese lapso, tuvimos dos emperadores, uno autóctono, otro extranjero. Ambos consentidos por una parte de la población. Perdimos la mitad del territorio con el que comenzamos nuestra vida independiente. El estado se sacudió a la iglesia. Mientras que la forma de la República osciló entre la centralización y una federación. Ocurrieron intervenciones, guerras intestinas y asonadas. Algunas alentadas y financiadas desde fuera. Treinta años hubo una dictadura, que culminó que con una revolución que tomó un decenio concluir.

Temas varios

Independencia y Revolución: ideales que impulsan pero no cuajan

Después de 1921 gobernó, durante ocho decenios, el grupo emanado de la revolución. Primero, mediante partidos contruidos alrededor de sus caudillos y después a través de un partido que la institucionalizó y terminó burocratizándola. A los generales de a caballo los sustituyeron los licenciados de traje. Los ideales revolucionarios quedaron en el olvido salvo como condimento para la demagogia. Con ellos pudieron bendecirse desde la nacionalización de la banca hasta su extranjerización; desde el reparto agrario hasta la entrega de las empresas públicas a precios de rebaja; desde el proteccionismo hasta una apertura de la economía violenta y no planeada; desde la intervención del estado en la economía hasta un culto a la fuerzas del mercado y al equilibrio a ultranza de la finanzas públicas que roza el masoquismo, porque ni siquiera comprendemos su relación con los problemas que aquejan al país.

De los últimos noventa años, apenas hace trece que el partido del presidente no controla el Congreso, y apenas hace diez el gobierno lo ostenta otro partido que, aun siendo diferente, no ha podido liberarse de los vicios más añejos de nuestra cultura política como la cooptación, el amiguismo y la improvisación, mientras que miles de mexicanos siguen cruzando la frontera en busca de un mejor porvenir.

No extraña que doscientos años después todavía nos preguntemos cuál es la nación a la que aspiramos. Por carencia de ideas no ha sido, pero si por falta de capacidad para hacerlas realidad. Ésta es una enseñanza del Bicentenario y, a la vez, el desafío debemos resolver si queremos ser dueños de nuestro destino. Esta sería la plenitud de nuestra independencia.

alfredo@acletomasini.com.mx